

J.J. GÓMEZ CADENAS

# SPARTANA



# SPARTANA

J.J. GÓMEZ CADENAS

  
ESPASA

ESPASA  NARRATIVA

© Juan José Gómez Cadenas, 2014  
© Espasa Libros S. L. U., 2014

Diseño e imagen de cubierta: Calderón Studio  
Preimpresión: MT Color & Diseño, S.L.

Depósito legal: B. 7.921-2014  
ISBN: 978-84-670-2030-4

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Dirjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es)

[www.espasa.com](http://www.espasa.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Impreso en España/Printed in Spain  
Impresión: Huertas, S. A.

Espasa Libros, S. L. U.  
Avda. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

## ÍNDICE

1. Palestra .....	13
2. Zona .....	29
3. Alberta .....	47
4. Ateniense .....	63
5. Acrópolis .....	79
6. <i>Novecento</i> .....	93
7. Anónimos .....	105
8. Nenúfar .....	115
9. Baikal .....	127
10. Rublyovka .....	141
11. Dragón .....	151
12. Kolyma .....	169
13. Azazel .....	185
14. Siberiana .....	203
15. Termópilas .....	225
16. Troyano .....	251
17. <i>Schastie</i> .....	271
18. Agar .....	289
19. Alambrada .....	307
20. Nautilus .....	319
21. <i>Gena</i> .....	337
22. Talismán .....	349
23. Dacha .....	361
24. Antartiada .....	375
25. <i>Computershik</i> .....	393
26. SMOG .....	403
27. Tregua .....	419

# PALESTRA

## 1

Los gemidos lastimeros de Kurt me despiertan cuando aún no ha empezado a amanecer. Salto de la cama y me arrojo junto a la cesta donde lo dejé anoche, arropado con una manta de fibra deshilachada que me traje de casa de mis abuelos el día que me mudé a la palestra. He perdido la cuenta del número de cachorros que habrá abrigado ese viejo trapo.

—Tranquilo, bebé —le susurro, apretándole contra mi pecho—. Ya pasó.

Kurt se tranquiliza poco a poco. Su lengua rasposa lame mi mano. Está aterrorizado, apenas tiene ocho semanas y acabamos de separarlo de su madre. Y sin embargo, aunque él no lo sepa, le estamos haciendo un favor. Cuatro de sus hermanos se quedan en nuestra jauría. Mamarán varias semanas más, estarán protegidos y bien alimentados, no tendrán una mala vida.

Pero ninguno de ellos llegará a los cinco años.

Otros tres cachorros de la misma camada no pasarán de esta noche, los pobres animales se han quedado muy retrasados y Carmona ha decidido sacrificarlos. De niña lloraba hasta reventar cuando el abuelo Diego se llevaba a los cachorrillos más enclenques para ahogarlos. Me costó muchos años comprender que acabar con ellos era un acto de caridad, aceptar que sus manos tiernas e implacables ahorraban sufrimientos inútiles a aquellos que no tenían posibilidades de sobrevivir.

Carmona ha destinado a Kurt y otros dos a la venta, lo que quiere decir que se les separa del resto de la jauría y se les entrena aparte hasta que salga comprador.

—¿Vas a portarte bien, campeón? —le susurro al oído—. ¿Vamos a engatusar a alguna nena VIP para que te lleve a su casa?

Kurt me mira fijamente, sus enormes ojos, color caramelo, atentos a cada una de mis palabras. El reloj virtual que flota junto al cubo me informa de que pasan tres minutos de las cinco de la madrugada. Falta todavía más de una hora para que amanezca. Vuelvo a la cama y me tumbo con el cachorro encima. Se duerme inmediatamente, puedo sentir los rápidos latidos de su corazón contra el mío, su respiración acompañándose. Lo dejo apoyado contra mi almohada, salgo con sigilo de la habitación y me dirijo de puntillas a la cocina. Si Carmona se entera de que me lo he llevado de la perrera, me echará un rapapolvo.

Pero no se enterará, o fingirá no enterarse.

La habitación de Eva está en silencio. Posiblemente se habrá escurrido al cuarto de Dani, en el barracón del al lado, aprovechando que Carmona está fuera y no puede controlarlos. El viejo es inflexible en eso y no pierde ocasión de recordárnoslo.

—Las noches son para descansar —declara, rotundamente, cada vez que Eva le intenta convencer de que cambie las normas.

Carmona estará de vuelta mañana o pasado, a tiempo para las exhibiciones del fin de semana. El club que nos ha contratado todo el mes de mayo es uno de los más exclusivos de la Rublyovka. Parece mentira que la Spartana se haya puesto de moda también entre los ricos. Mi abuelo Diego siempre la ha considerado un espectáculo de circo, destinado a las masas.

—La receta es vieja, hija. Bufones, gladiadores y sangre, mucha sangre.

En la cocina preparo un bol con pienso y un poco de agua. Para Kurt se ha acabado la leche. Esta semana vendrá el veterinario a ponerle la primera ronda de vacunas. Con los pasto-

res alemanes hay que tener cuidado. El primer año, su principal problema es sobrevivir al moquillo, a la cojera, a las inflamaciones de retina o a las luxaciones de cadera. Carmona dice que son tan delicados por culpa de la selección a la que los sometemos. La Spartana se nutre de animales jóvenes, entre dos y cinco años. Hace falta que sean inteligentes, rápidos y feroces. Si para seleccionar esos genes hay que admitir defectos congénitos que matan a un tercio de los cachorros o precipitan una vejez prematura, son gajes del oficio, sobre todo cuando los problemas aparecen a edades avanzadas. Después de todo, ninguno de nuestros perros llega a viejo.

## 2

A las seis, cuando empezamos a repartir la primera ración del día, los animales están ya nerviosos, deseando escapar de la perrera. Su ansiedad es contagiosa, también a mí se me cae el techo encima. Me fijo en que Julián acelera el ritmo, siente mis nervios y los de los perros y quiere vernos a todos fuera de la palestra cuanto antes.

—¿Qué me dices? —pregunto, por darle un poco de conversación—. ¿No los ves agitados?

—El calor —afirma, esbozando una mueca que casi llega a ser una sonrisa—. Estarán mejor en cuanto corran un poco.

—Yo también —aseguro.

Asiente, dando la charla por terminada. Pero una frase y una casi sonrisa, tratándose de él, es mucho. La complicidad entre nosotros se debe en parte a los perros, pero hay algo más. Julián tiene la mitad del rostro deformado por una quemadura. Yo tengo mi marca de nacimiento. Los dos sabemos lo que se siente cuando la gente evita mirarte a la cara.

A las seis y media vuelvo al barracón y me encuentro a Eva y a Ingrid en la cocina. Se ve que ninguna de las dos ha dormido demasiado bien y hoy van a sufrir durante la ruta. Carmona tiene razón cuando insiste en que las noches son para descansar.

—Suave hoy, ¿eh, Vega? —suplica Eva—. Estoy reventada.

—Podemos hacer el circuito corto —concedo—. Pero mañana habrá que recuperar.

—Mañana me quedo en mi habitación y cierro la puerta con llave—asegura ella, vehemente.

—Yo también —musita Ingrid, entre bostezos.

Nos reímos las tres. Puede que el viejo exagere con su manía de alojar a chicos y chicas en barracones separados, pero a mí me vino bien cuando llegué a la palestra, con sólo diez años, y Carmona me coló en la habitación que, por entonces, compartían Ingrid y Eva. Las dos eran mayores que yo, Eva tenía ya dieciocho cumplidos y estaba en pleno apogeo como atleta, Ingrid, con catorce, ya empezaba a despuntar como una de las más brillantes promesas de Eurosur. Las dos me adoptaron inmediatamente, el barracón de las chicas fue, desde el primer día, un hogar para mí, un refugio donde mi estatura y complexión no eran motivo de continuas burlas, donde a nadie le importaba mi cara marcada, donde el implacable entrenador, que no permite que Eva y su marido compartan habitación, mira hacia otro lado cuando me llevo a la mía algún cachorro como Kurt.

Ingrid me tiende un vaso de sucedáneo de zumo.

—Toma, encanto —ofrece, mimosa.

Me lo bebo de un trago. Está dulzón, demasiado ácido y deja un regusto como a medicina en el paladar.

—Este mejunje cada día está más asqueroso —protesto.

—Paciencia, chiquita —pontifica Eva—. Te hacen falta las vitaminas.

—El viejo es un tacaño —apostilla Ingrid—. Podría gastarse unos rublos más en zumo de verdad.

—Claro —ironiza Eva—. Y de paso podría encargarse champán y caviar para el almuerzo. O a lo mejor podríais pagarlo Fran y tú con lo que ganáis en los comerciales.

Las noches son para descansar, en efecto. Eva siempre se pone agresiva con Ingrid cuando no duerme lo suficiente y cada día lleva peor lo de los comerciales. Me consta que ella y Dani tratan de ahorrar hasta el último rublo que ganan para montar algún negocio cuando se retiren, a los dos les queda

ya muy poca competición por delante y no me extraña que le desespere que Ingrid y Fran tripliquen su sueldo posando para las marcas elegantes de ropa deportiva.

Pero no todo el mundo vale para ser modelo. Para empezar hay que ser atractivo al estilo que le gusta a los VIP. Ingrid y Fran son altos, esbeltos y muy atléticos, pero a la vez su físico es elegante y perfectamente proporcionado. Una chica de metro ochenta y cinco, largas piernas y delantera generosa encaja a la perfección con la estética de la Rublyovka, sobre todo si el producto incluye una melena larga y dorada y unos labios que no se pueden mirar de frente sin que te mueras por besarlos. En cambio, cuando se añaden diez centímetros a la estatura y se quitan unos cuantos al busto, el resultado es bastante diferente. Incluso si no tuviera mi marca de nacimiento, yo sería demasiado alta, demasiado enjuta, demasiado fibrosa para triunfar como modelo, al igual que Eva peca de ser demasiado robusta. Eso sin contar con que, en el mundo de la moda deportiva, a sus veintiséis años, es una anciana.

A Yago le pasa algo por el estilo. Fran no es rival para él en ninguna prueba de la Spartana, pero sus facciones son regulares y agradables y su tipo es idéntico al de las estatuas de los atletas griegos que aparecen por doquier en todos los decorados de este negocio. Por el contrario, mi socio exuda más fuerza, rebeldía y violencia de la cuenta. Los VIP disfrutan viéndolo triturar rivales en el cuadrilátero o ensartando perros en las Termópilas. Pero también les asusta un poco, con sus hombros abultados, sus cejas espesas y los ojos salvajes de un pastor alemán sin domar.

—Si quieres te paso alguno de mis contactos, cielo —responde Ingrid, con retintín—. Nunca se sabe, igual te cae algo.

—Guárdatelos —masculla Eva, beligerante—. Yo no me vendo a los VIP.

—¿Entonces de qué te quejas? —retruca Ingrid.

—Si seguís así, cambio al circuito largo —intervengo—. A ver si se os pasan las ganas de bronca.

Mi salida las deja a ambas un poco descolocadas y yo aprovecho para escurrirme hacia mi cuarto.

—Anda, empezad a estirar —las animo—. Ahora os alcanzo.

En la habitación me quito el mono que visto para trabajar en la perrera y me pongo pantalones cortos y una camiseta de tirantes. Añado una gorra de tela y gafas espejadas para protegerme del sol. Mientras me calzo las zapatillas, Kurt ataca decididamente la pernera del mono.

—Perro valiente —le animo.

Kurt me mira fijamente, todo ojos y pelo. Me pregunto si Carmona me lo dejaría. La idea es peregrina, llevo toda mi vida criando cachorros como él. No me lo puedo quedar, como no me he podido quedar con ninguno de los que le han precedido. Con suerte, lo tendré unos meses más. El año que viene lo habrán vendido.

No importa. El año que viene, estaré lejos de aquí.

3

Mi reloj marca las seis y media en el momento que cruzamos las puertas de la palestra y enfilamos el circuito. Los primeros kilómetros de la carrera son los más difíciles. El cuerpo todavía está frío, los músculos entumecidos, las articulaciones protestan, resentidas. El camino es una línea recta que atraviesa la estepa desolada que rodea Agua Amarga. El circuito que he escogido para hoy es fácil, tal como les he prometido a mis amigas. No más de quince kilómetros y una sola subida, no demasiado empinada. En una hora deberíamos estar de vuelta.

Como de costumbre, voy en cabeza, ligeramente adelantada del resto. Yago me pisa los talones, Ingrid le sigue, Fran y Dani van detrás, cierra Eva, rezongando por lo bajo. Los pastores alemanes corren a nuestro alrededor. Polifemo, Rómulo y Remo junto a mí, Simbad, Eneas y Ulises flanquean el grupo por la izquierda, Nerón, Cástor y Pólux por la derecha, Virgilio, Dante y Diomedes cierran la marcha, entre todos forman un cinturón protector alrededor de sus amos, aunque dudo que la palabra «amo» describa lo que ellos sienten. Creo que nos ven como parte de su jauría, como iguales.

Si supieran lo equivocados que están.

Al cabo de diez kilómetros alcanzamos un bosquecillo de hayas. Cada semana, Carmona y yo instalamos docenas de trampas diferentes en ese bosque. Soy la única que conoce su localización y mi parte de mi trabajo consiste en engatusar a mis compañeros para que caigan en ellas. Las trampas son simples, lazos de nilón que pueden atrapar un tobillo, minas camufladas entre los matorrales, que explotan con gran estruendo si se pisan, pistolas manejadas por drones fijos, que disparan perdigones de pintura, terraplenes disimulados, redes que pueden caer en cualquier momento sobre un corredor incauto. En las competiciones nos enfrentamos a problemas parecidos, los efectos especiales, amplificadas por la realidad virtual, son mucho más vistosos para entretener al público que sigue a diario los tubes, pero la mecánica de las trampas es idéntica.

Hoy atravesamos el bosque cómodamente, el equipo está en muy buena forma después de todo el invierno entrenando duro. Yago aprieta un poco el paso y se pone a mi altura.

—¿Qué opinas, socia? —pregunta, sonriendo de oreja a oreja—. ¿Vamos a triunfar en la Ateniense, sí o no?

*Socios.* El calificativo nos va bien a los dos. No somos novios, nunca me he decidido a dar ese paso, a pesar de que Yago es mi pareja en la Spartana y mi mejor amigo. Sin embargo, todo el mundo en la palestra, empezando por Carmona, da por supuesto que no tardaremos en serlo.

—Pero sin prisas —me aconseja—. Ya tendréis tiempo para amoríos.

—Lo que le pasa al viejo es que está celoso —opina Eva cuando sale el tema—. Le da rabia que su niña se haga mayor. Pero no te deberías andar con tantos remilgos, chiquita. El campeón no te va a esperar toda la vida.

—¿Y si me dan la beca que Laura me ha prometido, Vita? —Es mi respuesta habitual—. ¿Qué hará Yago entonces?

—Encontraréis alguna solución —asegura ella—. Pero para eso tienes que estar segura de lo que sientes.

Nunca sé qué contestarle a eso. Admiro a Yago, me encuentro bien a su lado, somos uña y carne en la competición,

me gusta su carácter sencillo y noble, su físico poderoso, sus manos tan fuertes y tan tiernas, sus besos tan apasionados. Y sin embargo, sé lo que Eva siente por Dani y sé que a mis sentimientos les falta algo, ese algo que le quitaba a Eva el apetito y las ganas de vivir cuando su marido no estaba cerca, ese algo que la hacía flotar por encima de las nubes, incluso después de una maratón demoledora. Y a la vez que me doy cuenta de la diferencia, me parece imposible que yo pueda enamorarme de nadie que no sea él. Quizás, el problema no está en mi socio, sino en mí. Quizás, simplemente, soy demasiado fría, igual que soy demasiado alta y musculosa. Quizás el desapego viene programado, junto a la estatura y la fuerza, en los genes de los Stark.

—Si nos seleccionan, vamos a dar mucha guerra —asiento, decidida a no darle más vueltas al asunto, al menos por hoy.

—Nos seleccionarán —afirma él, tan seguro de sí mismo como siempre—. No hemos perdido una sola competición este año.

—Aunque fuera así, la Ateniense es un hueso duro de roer. El equipo heleno es muy fuerte y juega en casa.

—Bah. —Las pobladas cejas de Yago se alzan en un gesto altanero—. Si la Spartana sale zurda, no tienen nada que hacer. Vladikas es lento, le puedo ganar la maratón corriendo a la pata coja. Y Diana no te aguantaría un asalto.

—¿Pero y si sale diestra? Vladikas es una auténtica mole. Pesa veinte kilos más que tú y pelea muy sucio.

—Podré con él —asegura Yago—. Llevo todo el año estudiando sus tubes. El tipo sólo sabe luchar en distancias cortas y no pienso permitir que se me acerque.

—Diana es una corredora fantástica —insisto, otorgándome a mí misma el rol de abogada del diablo, supongo que para compensar la arrogancia de mi socio—. Y la Ateniense se celebra en su terreno.

—Nadie te ha ganado nunca una maratón, socia. —La sonrisa de Yago muestra unos dientes grandes y muy blancos, que por alguna razón me hacen imaginarme a un atractivo caníbal—. Diana no va a ser la primera.

—Ya veremos —ofrezco, sin ganas de seguir especulando.

Lo cierto es que estoy dividida con la posibilidad de jugar la Ateniense. El premio en metálico es muy importante, quince mil rublos es más de lo que gano en un año en la palestra y el dinero le vendría muy bien a mis abuelos, cuando me marche el año que viene. Por otra parte, es la prueba más importante de Eurosúr. Perder sería un desastre para nuestra reputación. Y ganar me pondría en una situación imposible. ¿Cómo convencer a Yago de que quiero abandonar justo después de la victoria?

—¡Ya veremos! —resopla él—. Es tu frase preferida.

—Socio, sabes muy bien que... —empiezo.

—¿Que quieres continuar con tus estudios? —corta él—. ¡Muy bien! ¿Cuándo me has visto quejarme por ello?

Es cierto. Jamás se ha quejado, aunque me consta que no entiende por qué me empeño en quemarme las cejas para obtener un diploma que a él le parece inútil. Cada día, cuando termina el entrenamiento y nuestros compañeros pueden disfrutar de un rato juntos, a mí me quedan tres horas de Aula Virtual por delante y a veces otras tantas resolviendo problemas o preparando trabajos. Carmona me prohíbe estudiar más allá de medianoche, pero no siempre le hago caso y a menudo me duermo delante del cubo. No son pocas las mañanas que me despierto sin saber cómo he llegado a la cama.

—¿Por qué no puedes seguir con el Aula Virtual y las tutorías, igual que hasta ahora? —insiste él—. ¿Por qué tienes que irte fuera de Eurosúr? La Mediterránea es una universidad de postín. ¿Por qué no es lo bastante buena para ti?

—Es complicado, Yago —murmuro.

En realidad, no lo es. No se trata sólo del título, Yago tiene razón, la Mediterránea podría darme un grado en ingeniería o en ciencias que me permitiera encontrar un buen trabajo cuando me retire de la competición. Pero si no me marchó de Eurosúr, mi vida seguirá girando, irremediabilmente, en torno a la Spartana. Carmona ha sido el primero en sugerir que un título de ingeniero agrónomo vendría muy bien para el futuro de la palestra. Y Laura me ha dejado muy claro lo que eso implica.

—Siempre me arrepentí de no haberme marchado, Vega —me decía en una de nuestras últimas entrevistas—. La vida en Eurosur es cada día más asfixiante. Mucho me temo que Madrid acabará por convertirse en un infierno, incluso para los privilegiados como yo. Te mereces un futuro mejor.

—Yo no veo la complicación por ninguna parte —responde Yago, que parece haber adivinado mis pensamientos—. Las cosas podrían ser muy sencillas si tu tutora no te hubiera llenado la cabeza de mandangas.

—No la tomes con Laura. Ella no tiene la culpa de nada.

—Tu tutora es una VIP —jadea Yago—. Los VIP pueden permitirse muchos lujos, para eso tienen la plata. Los demás tenemos que poner los pies en el suelo. ¿Sabes cuántos rublos le costará al viejo pagarte los estudios fuera de Eurosur?

—¿Quién ha dicho que los vaya a pagar él? —respondo, sorprendida y furiosa por el hecho de que Yago de por supuesto que mi educación universitaria va a correr a cargo de Carmona—. Las universidades anglas conceden algunas becas. Laura está segura de que puedo conseguir una.

—¿Y qué pasa si no te la dan? —Yago se da cuenta de que ha encontrado una brecha por donde atacar mis elaborados planes y no duda en cargar contra ella—. Yo te lo diré. El viejo sacará la chequera, aunque le cueste arruinarse. Para eso eres la niña de sus ojos.

—Ya te he dicho que no pienso... —empiezo.

—Déjame decirte lo que pienso yo —corta él—. Pienso que lo mínimo que puedes hacer por él es ganar la Ateniense. Por él, por mí y por el resto de tu gente. Así que déjate de «ya veremos» conmigo.

4

Yago me rehúye el resto del día, enfurruñado tras nuestra disputa. Durante el entrenamiento de la tarde intento reconciliarme con él, pero me rechaza con un bufido, así que decido dejarle en paz hasta que se le pase el enfado. Dani también anda cabizbajo, Eva le ha dado calabazas y no le hace

nada feliz la perspectiva de dormir solo. Incluso Ingrid y Fran, que suelen estar siempre acaramelados, parecen distantes hoy. Ingrid ha estado grabando para unos comerciales y ha vuelto de un humor pésimo.

—El realizador era un cerdo —masculla, cuando nos quedamos solas en nuestro barracón, después de la cena—. Y el director más todavía.

—Si no les dieras tanta coba, te ahorrarías muchos disgustos —contesta Eva, tajante.

—Para ganar unos rublos como modelo hay que ser simpática —se defiende Ingrid—. Si te pones borde, no te comes una rosca.

—Entonces no te quejes —corta Eva, devolviéndole a Ingrid, palabra por palabra, el desplante que le ha colocado este mañana.

Por un momento temo que mis amigas se enzarcen en una de sus agrias disputas, como si no hubiéramos tenido bastantes broncas hoy. Pero Ingrid se encoge de hombros, agita su preciosa melena rubia, como si pudiera sacudirse así los malos recuerdos y se derrumba en el sofá de la sala común.

—Estoy derrengada —suspira—. ¿Vemos algún tube?

—Yo no puedo —suspiro, resignada—. Tengo que acabar el trabajo de fin de curso.

—Venga, te echo una mano —ofrece Eva.

A decir verdad, no me hace mucha falta la ayuda, el trabajo está prácticamente terminado, pero sé que Eva disfruta ayudándome, como hacía cuando era más pequeña. Ingrid, a su vez, salta del sofá con una de sus elegantes flexiones.

—Yo también me apunto —dice.

Un momento más tarde estamos instaladas frente al cubo del Aula Virtual. Mi tableta se conecta al servidor, accedo a mi directorio de trabajo y abro la exposición. El software del aula es muy bueno y permite desplegar mapas 3D de alta resolución. Ingrid y Eva se quedan embobadas viéndolos flotar en el cubo, es fácil olvidar que se trata de simples holografías. Yo me acuerdo, como siempre que accedo al aula, de que mis estudios serían imposibles sin la generosidad de Carmo-na. Sé de sobra que el viejo ahorra allá donde puede para cos-

teármelos, el negocio no va mal, pero el alquiler del terreno es abusivo y los impuestos que tiene que pagar son un robo. Carmona lleva años intentando comprar la finca, pero se diría que el gobierno disfruta poniéndoselo difícil, a medida que la palestra prospera, aumentan los alquileres y las restricciones que impiden comprar terreno a cualquiera que no sea un VIP.

—Estamos como hace mil años, Alfredo —alega mi abuelo Diego, cuando Carmona se queja—. Volvemos a ser siervos de la gleba.

—¡No exageres, hombre! —se defiende Carmona—. Tampoco nos va tan mal.

Pero lo cierto es que tampoco nos va tan bien. La salud de mi abuelo ha empeorado y los médicos que podemos costearnos no tienen ni idea de cómo ayudarle. Cada día su memoria es un poco más endeble, sus reflejos un poco más lentos, su conversación algo más desordenada. Los doctores dicen que para hacerle un diagnóstico apropiado haría falta practicarle una tomografía 3D del cerebro y esa técnica está sólo al alcance de los VIP.

—¿De qué va el trabajo? —pregunta Eva, sacándome de mi ensimismamiento.

—Tengo que comparar el mapa político de la actualidad con el de antes de la Gran Depresión —contesto—. Y explicar la razón de los cambios.

—¡Para eso sólo hace falta una línea! —exclama Eva—. Los ruskis y los anglos tienen el petróleo y son los que mandan. Los demás hacen lo que sus amos les ordenan.

—No puedes comparar a unos y otros —interviene Ingrid.

—¿Por qué no?

—Entre otras cosas porque la Federación Angloamericana es una democracia, mientras que ni Rusia ni ninguno de sus satélites lo son.

—La Federación Angla es un chiringuito de los VIP —bufa Eva—. Igual que el resto del mundo. ¿O es que te crees que los pobres de Londres o Nueva York viven mejor que los de Madrid o Atenas?

—¡Al menos tienen derecho a votar!

—Aquí también, guapa.

—¡Vita! —se desespera Ingrid—. Sabes de sobra que las elecciones en Eurosur son una farsa.

—¿Y las de los anglos no?

—Allí tienen más de un partido, no como aquí o en Rusia.

—¿Qué más da un partido o veinte si los políticos están a sueldo de los VIP? La única diferencia entre los anglos y los ruskis es que unos tienen menos petróleo que los otros.

—¡Echad un vistazo al mapa de la antigua Europa! —exclamo para distraerlas, señalando el cubo, donde ya se han acabado de materializar las holos—. ¡A principios de siglo había por los menos cuarenta o cincuenta países independientes!

—La verdad es que el panorama es más sencillo ahora —apunta Eva—. De cuarenta países a cuatro federaciones va un largo trecho.

—Sobre todo teniendo en cuenta que la Federación Nórdica, la Francoalemana y Eurosur no son más que vasallas de la Madre Rusia —salta Ingrid.

—Exactamente igual que al otro lado del charco —retruca Eva—. Porque lo cierto es que todo el continente americano es una provincia de los anglos. Eso sin contar Japón y Mongolia.

No puedo evitar que se me escape un bostezo. Como siempre, al llegar estas horas, estoy agotada. No duermo lo suficiente y la trifulca de mis dos amigas me está dejando fuera de combate.

—Vamos a cortar el rollo, ¿eh, Ingrid? —dice Eva, percañándose de mi cansancio—. Vega tiene trabajo que hacer.

—Creo que voy a dejarlo para mañana. —Vuelvo a bostezar—. Me caigo de sueño.

—¡Pues a dormir! —ordena Eva—. Y nosotras también.

—Mañana hay que apretar un poco más —les recuerdo, mientras los ojos se me cierran—. Nos tocan treinta kilómetros de ruta.

—Nada de alegrías esta noche, Vita —dice Ingrid, en tono guasón.

Eva le echa una mirada asesina, pero Ingrid le contesta con una carantoña. Vita gruñe como un mastín malhumorado, pero no engaña a nadie.

—Descansa, chiquita —dice, mientras salen del cuarto.

Kurt, agazapado bajo mi cama, espera hasta asegurarse de que no hay moros en la costa antes de salir de su escondrijo y acurrucarse a mi lado.

5

La rutina de los sábados es siempre la misma. Primero la bienvenida del charlatán, que se presenta a sí mismo como director asociado del «centro de entrenamiento» antes de presentarnos a nosotros.

—Mi nombre es Marco de l'Aquila. Tengo a mi derecha a nuestras tres amazonas, las señoritas Eva, Ingrid y Vega. A mi izquierda nuestros tres hoplitas, Fran, Dani y el capitán del equipo, Yago. ¡Un fuerte aplauso para ellos!

Los recién llegados aplauden y nos jalean, mientras nosotros nos mantenemos impassibles y heroicos, luciendo nuestros disfraces. Yago está impresionante, con el fiero casco de falso bronce, tocado por una no menos falsa crin de caballo que se desparrama por sus hombros colosales, un peto dorado cubriendo su poderoso torso y grebas del mismo color protegiendo sus antebrazos. Sostiene una larga lanza, lleva dos jabalinas cruzadas en la espalda, una espada corta al cinto y mira al público con cara de pocos amigos. Fran luce un atuendo similar, pero no lleva peto, a fin de que se vean bien sus elegantes pectorales y sus abdominales perfectos. Dani, aunque algo más bajo y tosco que los otros dos, tampoco desmerece. Nuestro traje de amazonas es parecido al uniforme hoplita, aunque el casco es algo más pequeño y la única arma que llevamos es el arco con su carcaj de flechas. En lugar de peto, vestimos una túnica corta y bastante descocada. Ocho de cada diez clientes son hombres y siete de cada ocho no pueden apartar la vista de las piernas de Ingrid.

Los clientes nos piden que posemos con ellos para las holos, antes del discurso del charlatán, que hoy es particularmente largo y tedioso. A Marco se le llena la boca hablando de las excelentes instalaciones de las que dispone «el centro» y presumiendo de las dos mil hectáreas que sus «distinguidos invitados» tienen a su disposición. Los clientes no se pierden palabra, hipnotizados por el entusiasmo del conferenciante, benditos ignorantes de que se trata de un payaso contratado por Carmona, una parte más del decorado.

Después del discurso viene la recepción, en la que se sirve café con pastas. El café es excelente, nada que ver con la bazofia a la que estamos acostumbrados. Además hay auténticos cruasanes. Yago y yo nos apoderamos de un par de ellos y nos retiramos hasta un extremo de la sala, poniéndonos a cubierto tras unas mamparas sobre las que corre la propaganda habitual. Holos de hoplitas batallando contra persas y tubes en los que se superponen secuencias de las grandes pruebas del circuito, la Ateniense, la Angloamericana y, cómo no, la Siberiana. Tampoco faltan las entrevistas a los últimos campeones y las usuales carnicerías de perros.

Cuando los clientes han acabado de zamparse el almuerzo, los llevamos a dar una vuelta, trotando por el perímetro de la palestra, escoltados por la jauría. Casi todos están echando el bofe al cabo de unos pocos kilómetros, en parte por el ritmo ligero que les impongo y en parte por la impresión de verse rodeados por nuestros fieros pastores alemanes. Al cabo de una hora, cuando ya han sudado bien sus immaculados chándales, les enseñamos los rudimentos de tiro al arco, llevando mucho cuidado para que ninguno se atravesase un pie o a otro cliente por error y finalmente, les dejamos lanzarles algunas flechas a los mestizos que Carmona compra ex profeso para estas ocasiones. Esa es la peor parte, al menos para mí. La puntería de los clientes es tan nula como su forma física, pero tiran a quemarropa y siempre hay alguno que acierta por casualidad, obligándonos a rematar a la pobre bestia. Generalmente se ocupa Yago, usando la lanza y pinchando la yugular del animal, lo que tiene la doble ventaja de ahorrarle sufrimientos y hacer saltar la sangre a borbotones para deleite de los VIP.

Finalmente, los pastoreamos hasta el cuadrilátero, para las exhibiciones de lucha Spartana, que suelen correr a cargo de Ingrid y Fran. Es una gloria verles moverse, elegantes como panteras. La técnica de Ingrid es perfecta. Muchas veces me he preguntado por qué Yago no la escogió a ella como pareja, son de la misma edad y podrían haber empezado a ganar competiciones importantes hace años. Además, estoy segura de que a Ingrid siempre le ha gustado mi socio. Pero él prefirió esperar a que yo cumpliera la edad reglamentaria para competir conmigo. Siempre que le pregunto por sus razones, se ríe, de esa manera suya, fiera y orgullosa que tanto me gusta.

—Ingrid es buena —concede—. Pero no te llega a la suela del zapato.

—No digas eso —protesto—. Su técnica...

—Su técnica es impecable —corta él—. Y aun así pierde combates. A ti no te ha ganado nadie desde que empezaste en esto. Eres la reina de las amazonas.